

SOBRE LA ESENCIALIDAD ULTRASIGNICA DE LA PALABRA POÉTICA

E. RAMÓN TRIVES

Universidad de Murcia

RESUMEN:

Nos proponemos hacer ver, en este privilegiado lugar, que la palabra poética, lejos de aparecer como instrumento de denotación referencial, se *desreferencia* o desliga de toda voluntad de referencia comercial concreta y, sobre el potencial de su condenación verbal genérica, en cuanto esencializador *arquetipo utópicorreferencial*, orquesta su polivalencia decidora. En definitiva, en todo poema logrado asistimos a un ultra denotativo más allá significativo, dada su indefectible *condición ultrasignica*.

PALABRAS CLAVES:

Palabra poética. Denotación. Arquetipo. Poema.

SOMMAIRE:

Nous envisageons, dans ce lieu de privilège, de faire voir que la parole poétique, loin de se présenter comme un instrument de dénotation référentielle, défait toute volonté de référence commerciale concrète et orchestre sa polyvalence expressive, au-dessus du potentiel de sa condensation verbale générique, tout en étant l'essentiel *archétype utopicorréférentiel*. Somme toute, dans tout poème parachevé nous assistons à un ultra dénotatif au-delà significatif, étant donnée son immanquable *caractère ultrasignique*.

MOTS CLÉS:

Parole poétique. Dénotation. Archétype. Poème.

El poeta tiene la virtud *cuántica* o imprevisible de polarizar la energía significativa en forma de palabra. La palabra poética presenta un caso peculiar de no usura referencial o de *deferenciación* utópica peculiar -para el término *deferenciación*, véase François Recanati (2005)-, en cuanto analogado principal de la operación verbal. Más que una descontextualización o despersonalización de la palabra con respecto a su desencadenante vivencial significativo, se produce una interiorización tal que toca su esencia misma, un no sé qué imposible de ser dicho de otro modo. No en vano los poemas son, como quería J.L.Borges, el auténtico diccionario vivo de una lengua, y, tal vez, son los momentos estelares de la revelación de la combinatoria verbal *en su más radical esencialidad*.

Desde la polaridad *física* de su corporeidad fonoarticulatoria a la *metafísica* de su horizonte de alusividad sémica en función de su energía ondulatorio-significati-

va surge la *palabra poética*, como *privilegiado encuentro de todo en todo* en forma de *palabra en plenitud*, **ultrasigno** capaz de cautivar a los más exigentes receptores, entre los que hay que contar desde el propio poeta hasta el más inverosímil de sus lectores. La palabra poética es *una*, la misma del sistema, pero su combinatoria, que es resultante de la mágica convergencia o alineación de los más diversos parámetros de energía significativa, es *única*, singular, *ultrasígnica*, estética.

En general, se tiene la experiencia de que la palabra poética no es cualquier palabra ni una palabra cualquiera. La experimentamos como algo peculiar, palabra pura, palabra hipostasiada, palabra ultrasígnica.

La palabra es la gran creación, la creación humana por excelencia, la creación del hombre en cuanto tal, en la medida en que experimenta y aprende de sus experiencias, y genera nuevas experiencias, nuevos mundos sólo con el juego autónomo de sus *datos verbales*, que son los que son como las cifras de un *sudoku*, pero tan imprevisibles como el resultado singular de su combinatoria.

La palabra poética, desde su autonomía verbal, quintaesencia experiencias sólo con el límite de la pérdida del norte, de la brújula significativa utópicorreferencial, arquetipo de seguridad, faro y guía del hablante en el proceloso navegar de la utopía significativa utópicorreferencial del hablar.

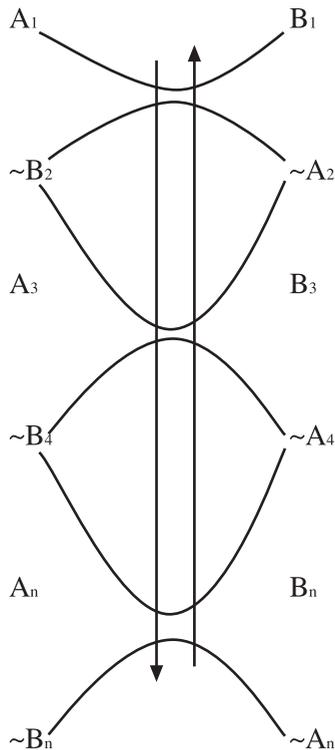
La muerte del hombre, que es su pérdida de control mental, su muerte mental, estriba en la pérdida del lenguaje, la pérdida de su lengua, en forma de desconexión con su experiencia interiorizada no tanto como impulso *deferencial* –como ocurre con los nombres propios contemplados al margen de sus denotados- en cuanto independiente o desvinculado de referente alguno, sino en cuanto vector significativo autónomo utópicorreferencialmente marcado en cuanto entidad significativa no independiente, pero sí autónoma o esencializadora de los múltiples referentes virtuales. Tal palabra, sin ser ajena o independiente respecto del mundo, se hipostasia desde su indudable autonomía en cuanto mundo al alcance del hombre, su *mundo*, sus *palabras*, cosa humana del hombre y para el hombre, fruto de la circuitería autorrefleja del cerebro humano en dialéctico funcionamiento autónomo, pero nunca independiente de la experiencia humana de la que cuánticamente todos formamos parte.

Palabra alada, desasida de ataduras referenciales, palabra ingrávida, *deferenciada* del momento referencial concreto originario y ulteriores, pero penetrada de la quintaesencia de todos ellos: eso es la palabra poética. Es, para decirlo con los atomistas griegos o con los físicos cuánticos actuales, la respuesta al *clinamen* o *espín* de nuestros entresijos cuánticos, siempre los mismos y siempre otros, siempre sorprendivos y provocadores de nuevos horizontes, siempre insobornable a la usura de

lo que no es ella. Es camaleónica, siempre al servicio de la intencionalidad decidida, pero distinta de lo que no es ni puede ser ella, siempre una y siempre otra.

El horizonte de la lengua poética, como el de la lengua que funda al hombre, al humano en su conjunto, es el *arquetipo*, las esencias. No cede a *prototipo de uso normativo* alguno, que se inmola en el altar del sentido global e intencional del hablar utilitario.

La palabra poética, en su autonomía, como hemos señalado en otro lugar (1989), a propósito de *YO*, de J.L. Borges, se afianza en el *arquetipo* nuclear de su compleja neutralidad, en virtud de la cual tanto se aviene con *lo uno*, $\{A_1\}$, o con *lo otro*, $\{B_1\}$, como con ninguno de los dos, $\{\sim A_2 \sim B_2\}$, pues nada concreto, nada más allá de la palabra cabe ver al otro lado de la palabra misma, que al entrar en la inercia de la instrumentación virtual, vuelve con toda su fuerza sobre sí misma, es decir sobre su centralidad arquetípica sin ceder a *prototipo utilitario-referencial* o *deferencial* de ningún tipo:



Donde el vaivén de la fusión o composición a la complejidad o neutralización, y a la inversa, produce el perfil dinámico de cada palabra, con vocación exigencial de *otredad*, que es homeostáticamente siempre ella por ser siempre otra, en un ir y venir de la composición a la complejidad en forma helicoidal y persistente. Y es que, como hace ver Paul Klee (2003: 47), «la nature de la totalité cosmique est un dynamisme sans commencement ni fin».

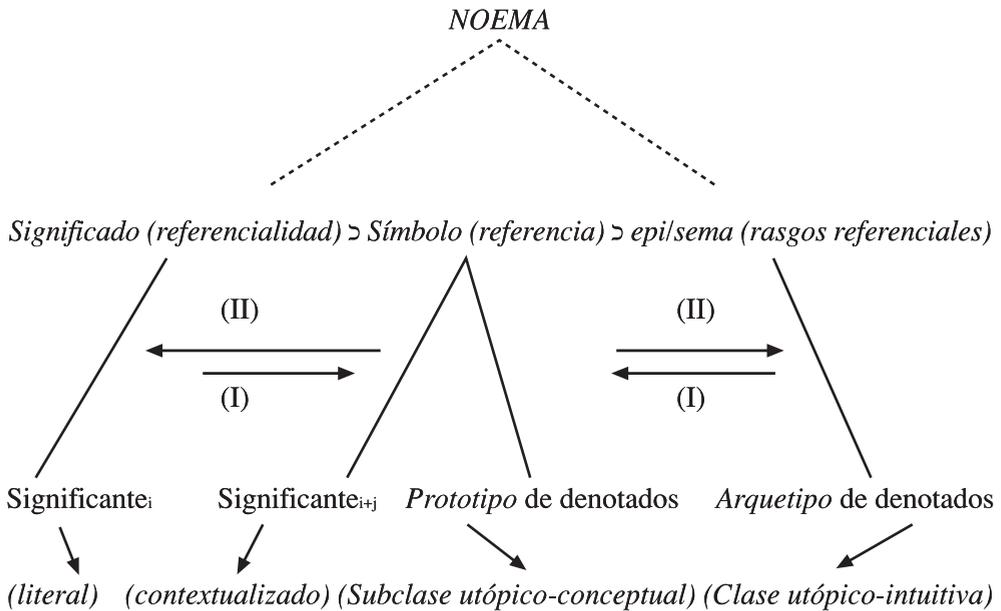
La palabra poética es el punto de convergencia de la virtualidad poliédrico-significativa, capaz de fundirse con el universo significativo todo, al tiempo que surge ella misma en equidistante neutralidad frente a cualquier momento en el que el lector u observador pretenda paralizar en mero segmento referencial concreto lo que es energía significativa *cuántica*, *que ilumina y hace ver, pero no se deja apresar o ver en ningún instante de la experiencia lectora, como incesante haz o energético pulso significativo en invitación constante hacia nuevas vivencias o perspectivas*. Por eso, la lectura plena de cualquier poema es una faena utópica, interminable e inagotable. Y si no existe la lectura última de ningún poema, hay que reconocer que la lectura plena se compone de múltiples fases de lectura, como un universo que hay que explorar entre todos, desde la diversidad inagotable de cada singularidad, que siquiera sea por un instante de contemplación, captación o lectura, es capaz de cristalizar o actualizar el engaño de la materialización de la incesante energía significativo-verbal en el instante de la lectura de cualquiera, de la que, inexorablemente, hay que despertar para volver a contemplar la palabra poética desde nuevas perspectivas en una progresiva espiral sin fin. Razón por la cual, tenemos que reconocer, con Ortega a otro propósito, que *mi lectura es tan falsa como la tuya*, siendo toda lectura, tanto cuidadosa y seriamente bien elaborada como analítica y sintéticamente coherentemente practicada, un necesario eslabón, pero eslabón al fin y al cabo, en la cadena interminable de captación o visión estelar de lo que lejos de ser un único punto luminoso es un universo estelar, en demanda de múltiples e irrepetibles vivencias. *Por eso cualquier lectura, por auténtica que esta sea, no puede aspirar sino a ser lícita, pero nunca la única*, al ser tan menesterosa de otras y fugaz como el instante en que se ha realizado, nunca única con respecto al conjunto utópico de la plenitud estética del universo estético-vivencial de la palabra poética. *Cualquier lectura, por bien llevada que esté, se convierte en falsa cuando se presenta como la lectura, la única practicable*, en un afán inútil de agotar el objeto estético, por principio inagotable ante las múltiples dialécticas o perspectivas *sujeto-objeto* que un poema puede desencadenar, al tiempo que se negaría el derecho inalienable a la experimentación de la capacidad de asombro o vivencia estética en los interminables lectores de un poema logrado. Tenía toda la razón Jean-Paul Sartre

(1948) al decir que si Rimbaud, al escribir “*O saisons!! O châteaux!! Quelle âme est sans défauts!*”, hubiese querido decir que “todos los humanos tenemos nuestros defectos”, lo hubiese dicho lisa y llanamente. No es exactamente eso, «La palabra así encarnada, sacralizada en lengua poética, lejos de aparecer como instrumento de denotación (*símbolo*), se desliga de toda voluntad comercial, (sin trueque de ningún tipo), y sobre el potencial de su verbo genérico (esencializador *arquetipo* utópico-referencial) se orquesta (o entroniza) su polivalencia decidora», como hemos señalado en otro lugar (1979:152). En definitiva, asistimos a algo más, un más allá significativo, *dada la insobornable condición ultraségnica de todo poema logrado*.

Toda buena lectura, en definitiva, lo será en la medida en que se presente como una invitación razonada a otras lecturas, pues es lo cierto que al tratarse de dar cuenta de la realidad, y la realidad poemática lo es indiscutiblemente, cualquier contemplador u observador conspicuo es consciente de que la realidad es insobornable a cualquier perspectiva o metodología de aproximación, puesto que la dialéctica *sujeto-objeto* desde la que cualquier realidad, también la poemática, se percibe en cuanto tal, lejos de agotar su riqueza entitativa en el caso o *modelo dialéctico-perspectivístico sujeto-objeto*, la potencia desde su misma parcelaria menesterosidad, esencial y exigencialmente integrable con otras perspectivas en orden al perfeccionamiento del sentido progresivo-evolutivo de nuestro creciente acercamiento al conocimiento de la realidad en cualquiera de sus manifestaciones, como la poemática.

Palabra de asombro, palabra primigenia, arquetipo verbal en que el *humán* o ser humano, en los términos de Jesús Mosterín (2006), es creador de mundos, relicario de su propia experiencia, *vademécum* de nuevas experiencias y generador de mundos sin fin, donde se dan cita *todos los tiempos* en el *ahora* utópico-verbal de un poema logrado; al tiempo que se concentran en él *todos los espacios* en el *aquí* utópico-referencial del temblor poemático; mientras que su *identidad estético-significativa*, su unicidad poemático-verbal, forma la *entidad* medular inexcusable de *todos los sentidos*, que, desde diversas perspectivas, iluminan, pero no agotan, la poliédrica identidad semántica de las palabras en un vaivén significativo-distintivo interminable, donde las fuerzas sintagmáticas, que tienden a la monosemización parcelaria, chocan con la inexistencia de referente alguno, y *desde su radical neutralidad arquetípica*, el hombre lejos de asirse a un instrumento sin horizonte alguno, *se funde con su radical utopía de dinámica e interminable esencialidad*. La experiencia verbal poemática, desde su singularidad esencial, es el modo que tiene el hablante de mostrar la lengua en su esencialidad integral o arquetípica, en claro contraste con otros modos de decir, en los

que la lengua, claramente, se pone al servicio de la denotación de los referentes, como las líneas de un mapa al servicio de la ubicación de los lugares a través de ellas simbolizados. Y eso es lo que se percibe cuando sometemos al trapecio hegeriano la realidad verbal de un poema logrado, cuya lectura pretende colmar el vacío simbólico-referencial, en un primer momento (I) con vocación monosemizadora desde la búsqueda del horizonte de los referentes virtualmente convocados; y, en ausencia de ellos, se relanza, en auténtica *Aufhebung* (II) hacia la utopía de la esencialidad, donde lejos de excluirse la experiencia humana en su integridad, se la requiere existencialmente como horizonte utópico inexcusable de radical e inexhaustible esencialidad o *arquetipicidad*.



Donde, obviamente, entre los extremos identificados en la creación poética, que entraña la *esencialización* de las palabras en cuanto *arquetipos iluminadores del universo humano*, como corresponde a la creación estética, como hace ver Paul Klee (2003:34), muy lejos de su *ocultación o anulación referencial* propia de la *deferenciación*, en virtud de la cual las palabras quedan reducidas a su mero caparazón morfológico; entre esos dos extremos, se desenvuelve *el comportamiento verbal utilitario que es esencialmente simbólico y prototípico-referencial*, cuando no *estereotípico o banal*, según vemos en Agustín Vera (1986) y, más recientemente, en Georges Kleiber (2004), entre otros.

Y no se trata de dejarse cautivar por un engaño como el reclamo mendaz de muchos comerciantes o mercaderes de la palabra (políticos paternalistas o mentirosos, sofistas espurios camuflados, etc.). Se trata, más bien, de una verdad trascendental, que va más allá de referente concreto alguno, impregnando de alusividad utópico-arquetípica su *holística esencialidad*, siempre más allá de cualquier denotación concreta en un constante mantenimiento de su dinámica esencialidad arquetípica, siempre más allá de todos los signos concretos desde su *desbordante ultraségnica arquetípica*, cual entidad cultural humana plena y distinta de cualquier otra entidad, siempre insobornable a cualquier intento de *signicidad* simbólico-denotativa concreta, que daría al traste con su *esencialidad arquetípica*.

Es cierto que más allá de los *arquetipos poemáticos* –analogado principal de cualquier comportamiento verbal–, surgen, para nuestro servicio de contables o computadores de experiencias concretas, los *prototipos* que, a su vez, dan paso a los *estereotipos*, en un intento de retener usos verbales habidos con un gradiente de mayor a menor ejemplaridad, en la medida en que la palabra, creadora de mundos, queda presa simbólicamente, por vía de trueque, de un referente prototípico o estereotípico, que si bien limita la utopía arquetípica de la esencialidad integrada y unitaria de la palabra, la hace propicia para el servicio de usos y costumbres. El acotamiento simbólico-denotativo de las palabras, siguiendo con la distinción introducida por Ramón Trujillo (1998) entre *significado* y *símbolo*, desarrolla una *moral verbal*, donde los hablantes al hacer uso de las palabras se comportan en una suerte de acorde o eco de usos y costumbres verbales habidas en una suerte de comportamiento regulado por los usos, inexorablemente mimético y meramente utilitario, y, en cierto modo, respetuoso, cuando no servil, respecto de los usos o costumbres verbales vigentes entre los componentes de una comunidad hablante dada, que, en el orden utilitario, se comportan más como meros usuarios o manipuladores de las palabras de su lengua que como auténticos hablantes originarios y dotados de libertad, en cuyo ejercicio, precisamente, el hablante entra en la tarea utópica de preservar su personalidad y libertad como garante y *munícipe de su espacio personal*, al tiempo que consigue, simultáneamente, establecer lazos de *comunicación intersubjetiva* en una cesión mínima a usos reglados gramaticalmente, aunque con plena libertad en cuanto al destino otorgado a las palabras dentro del decurso sintagmático preferido al margen de las normas acuñadas como moneda de cambio por los usuarios de la lengua, en una suerte de rebeldía permanente por rescatar la palabra auténtica, su esencialidad, su adánico comportamiento originario, su autenticidad arquetípica, esencialmente insobornable e indomesticable.

Paradójicamente, el pretendido prevaricador de la lengua que es todo poeta cabal, al comportarse al margen del servil seguimiento de determinados usos habidos, es el

auténtico garante de su vigorosa *arquetipicidad*, cual mariposa que rehuye reducirse a las cenizas de los gusanos estereotípicos o de las crisálidas prototípicas, por muy útiles que estos sean en el comportamiento utilitario del hombre en sociedad, como se ha dicho. No obstante, estos últimos están al servicio del resurgir constante del vigor o *ενεργεια* de la lengua, mariposa refulgente de su inmarcesible arquetipicidad, que se suele presentar como el exponente del modo de hablar normalizado o correcto.

Pero no podemos caer en el señuelo del *desviacionismo* a la hora de dar cuenta de la naturaleza de la lengua poética en su lúdico creacionismo verbal persistente. En efecto, el hombre en sociedad se ve, con frecuencia, abocado a tareas fabriles sin fin, para las cuales el *homo faber* toma prestados al *homo poeticus* u *homo ludens* determinados significados expresivos, palabras, para convertirlos en *símbolo* o receptáculo de determinados conceptos experienciales en una suerte de *especialización simbólico-referencial* al servicio de la actividad fabril de los hablantes especializados en dichas actividades. Nadie ignora que los hablantes, en su dialéctica experiencial con las cosas, a las que las palabras no son ajenas, siendo cosas culturales ellas mismas con vistas a las otras cosas extraverbales, se sirven de las palabras y, en cierto modo, las sacrifican a la necesidad fabril humana para albergar en su semanticidad o *significatividad arquetípica* una *simbolicidad* que va desde la *prototípica*, utópico-referencial o pura, a la *estereotípica* o meramente banal, que acota o limita la significatividad de las palabras debido a la presión social sobre el individuo, quien, evidentemente, tiene recursos para recuperar el *horizonte de significatividad arquetípica* o pura de sus palabras en la medida en que es capaz de crear momentos de irrepetible singularidad a la hora de plasmar su presión estético-experiencial en forma de poemas.

El referente «*utópico*», en los términos propuestos en otro lugar (2000), planea sobre la palabra, que surge de la percepción del mundo entre humanos, junto con los cuales madura como hablante y se dota de todas las capacidades de la convivencia, incluida la importante de adquirir conocimientos, impresiones y comunicarlas a los demás. El símbolo es la interfaz entre la realidad extraverbal, cultural, ideológica, religiosa, etc. y la lengua. Está propiciado por la realidad extraverbal y la realidad verbal, pero no agota la lengua. Como leemos en el ya mencionado Paul Klee (2003:43), «le dialogue avec la nature est pour l'artiste condition *sine qua non*. L'artiste est l'homme; il est lui-même nature, morceau de nature dans l'air de la nature».

El hablante, el auténtico hablante, en todo momento pasa de la *ortodoxia* usual o normativa a la *heterodoxia* o *paradoxia* originarias, es decir a la esencialidad arque-

típica u originaria desde su condición radical de *homo ludens*, dada su integración en un universo cuántico donde todo está en todo.

En el comportamiento verbal conviven múltiples modos de actuación en la interfaz lengua/normas, en virtud de la cual la lengua, *una*, en su sistemático cuerpo relacional, se transforma en diversas normas de uso, que funcionan cual conciencia colectiva de los componentes de una comunidad hablante. Pero el hablante auténtico, en nuestro caso, el poeta, el que se enfrenta con la tarea utópica del decir arquetípico, que consiste en decir con palabras usuales o compartidas lo que nunca fue dicho con ellas, se orienta en el horizonte de recuperación de la insobornable arquetipicidad de la arqueología verbal, al modo de Michel Foucault (1984).

El analogado principal del comportamiento verbal, en línea con los planteamientos de Karl Vossler, Benedetto Croce, Antonio García Berrio (1979) y Julia Kristeva, de la que quiero mencionar aquí *Polylogue* (1977:303), entre otros, y en analogía con los planteamientos de Louis Hjelmslev en relación con la “semiótica verbal” respecto del resto de semióticas humanas, no es otro que el comportamiento poético. Y es lógico, dado que la palabra adánica, la palabra no usada es el arranque o punto \emptyset de todos los usos a los que virtualmente se orienta o puede orientarse una palabra en el universo del comportamiento verbal, hecho de semióticas humanas, radicalmente verbales todas ellas, pero unas forman parte del *hablar verdadero*, el literario-poético, y las otras son *meramente verbales* en la medida en que los más diversos contenidos conceptuales se parasitan en las palabras como su cobertura o vehículo significante o expresivo. De ahí que los esquemas sintácticos acabados, las *colocaciones*, las tendencias usuales habituales, los dichos, los refranes o sentencias, los argumentos explícitos brillen por su ausencia en la palabra poética, que tiende a preservar su significatividad arquetípico-originaria sin cortapisas, en su integridad, al margen de coerciones sintácticas o argumentativo-sintagmáticas, en gran parte, al servicio de la conceptualización simbólico-referencial, en la medida en que la palabra poética se aviene mejor con la atmósfera de libertad decidora que adquiere su ritmo vital en el ir y venir rítmico-versal. Obsérvese la importante opinión de Paul Klee (2003:43): «La variété en nombre et en genre des routes empruntées par l’homme dans la création artistique comme dans l’étude conjointe de la nature dépend uniquement de son attitude envers l’espace dont il jouit à l’intérieur de cette sphère».

El llamado *desviacionismo* no es un recurso del lenguaje poético, sino un *resultado de la recuperación de la integridad y libertad de la palabra arquetípica*. No se trata, pues, de *desvío* alguno, no, sino del resultado de la expresión estético-verbal del sentir y pensar en pureza, libres de ataduras convencionales, normas, hábitos o usos convencionalizados. Una vez más, Ramón Trujillo (2004), nos aclara la cuestión meridianamente: «Se ha repetido durante un siglo que todas las palabras son

metáforas, lo cual es verdad si corregimos la idea diciendo que «todos los usos de una palabra no pueden ser más que metafóricos», aunque la palabra, considerada en sí misma, nunca es una metáfora, sino un objeto único e invariable.» Y es respecto de los usos y hábitos desde los que se habla de metáforas o desviaciones, siendo así que cualquier palabra, por serlo, es radicalmente *otra palabra*, esencialmente ávida de *otredad* estético-dialéctica interminable, pero, *la palabra*, la auténtica palabra, más allá de cualquier uso, la que vive homeostáticamente en el universo cultural donde se aloja, *se mantiene siempre una*, la que acaso se deja ver en los poemas, al ser el poético un lenguaje en pureza, y, en cierto modo, anti uso.

Bibliografía

- GARCÍA BERRIO, A. (1979): «Lingüística, literariedad/poeticidad (Gramática, Pragmática, Texto)», en *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, 2, pp.125-170.
- FOUCAULT, M. (1988): *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI.
- KLEE, P. ((1956) 2003): *Théorie de l'art moderne*, Editions Denoël (édition et traduction établies pas Pierre-Henri Gonthier), París.
- KLEIBER, G. (1990 (2004): *La sémantique du prototype. Catégories et sens lexical*, París, PUF.
- KRISTEVA, J. (1977): *Polylogue*, París, Éditions du Seuil.
- MOSTERÍN, J. (2006): *La Naturaleza Humana*, Madrid, Espasa-Calpe.
- RAMÓN TRIVES, E. (1979): *Aspectos de Semántica Lingüístico-textual*, Madrid, Istmo.
- RAMÓN TRIVES, E. (1989): «El interpretante holístico en el texto poético», en *Investigaciones Semióticas. III. Retórica y Lenguajes, II*, Madrid, pp.15-27.
- RAMÓN TRIVES, E. (2000): «Neología léxica: fundamentos cognitivos», en *La Fabrique des mots. La Néologie Ibérique*, sous la direction de Jean-Claude Chevalier et Marie-France Delport, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, pp. 221-235.
- RECANATI, F. (2005): «Literalism and Contextualism», en *Contextualism in Philosophy: Knowledge, Meaning and Truth*. Oxford: Oxford University Press, 171-196. (Traducción española, en prensa, de Francisco Campillo García en *RIL-10*, Universidad de Murcia).

- SARTRE, J.-P. (1948): *Qu'est-ce que la littérature?*, París, Gallimard.
- TRUJILLO, R. (1998): *Principios de Semántica Textual*, Madrid, Arco/libros.
- TRUJILLO, R. (2004): «El concepto de «sentido figurado» en el DRAE y cuestiones afines», en *In Memoriam Manuel Alvar. Archivo de Filología Aragonesa LIX-LX (2002-2004)*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, pp. 899-915.
- VERA LUJÁN, A. (1986): «Aspectos prototípicos en la categorización lingüística», en *Studi Orientali e linguistici III*, Bolonia, Il Mulino, pp.355-365.